

—Creo más conveniente, dijo, advertir á Moctezuma de nuestros planes, y àntes de llevarlos á cabo obtener su licencia.

Atacar á los hombres en cuya compañía vive, es cometer un desacato que pondria en peligro la misma vida del monarca.

—Si tal hiciéramos, contestó Cacumatzin, dariamos tiempo á nuestros enemigos para ponerse en guardia, é influyendo en el ánimo de Moctezuma, echarian por tierra nuestros proyectos.

No, amigos, no; es necesario resolucion: yo por mi parte estoy decidido á llevar á cabo esta empresa.

Los que quieran seguirme que me sigan. Los que no, que me abandonen, poco me importa.

Tenemos el deber de salvar la patria, y la salvaremos.

La reunion se disolvió despues de acordar todos el dia en que se realizaria el plan propuesto por Cacumatzin.

No habian acabado de separarse, cuando ya tenian noticia Moctezuma y Hernan Cortés de lo que habia pasado en aquella reunion.

Ilbialbi, incansable agente de los españoles, habia logrado averiguar los planes de los conjurados, y Guacolando, fiel á Moctezuma, fué por su parte á noticiarle la resolucion que habia tomado el soberano de Tezcuco.

CAPITULO LXI.

Otholemi es proclamado rey de Tezcuco.



UN no se habia separado Guacolando de Moctezuma, cuando Hernan Cortés pidió licencia al emperador para hablarle de asuntos importantes.

Moctezuma le recibió, y despidiendo á sus ministros, quedaron solos los dos amigos.

—¿Sabeis lo que sucede? dijo Hernan Cortés á Moctezuma.

—Iba á llamaros para comunicaros noticias que acabo de recibir.

—¿Segun eso, os han referido ya los planes del rey de Tezcuco.

—Sí; sé sus depravadas intenciones.

—En ese caso, ya comprendereis cuál es mi situacion.

Nadie mejor que vos conoce mis intenciones y la estrecha amistad que nos une.

¿Es justo que un príncipe ambicioso, so pretesto de libertaros de mi poder, cuando no estais en él sino por vuestra voluntad; es justo, repito, que reuna á vuestros vasallos, que concite contra nosotros su furor, que venga hasta nuestra morada, y desee asaltarla, para aprovecharse de la confusion, asesinaros en la pelea y alzarse con el trono de México?

Ya comprendéis que me es de todo punto imposible aguardar la provocacion.

Convencido como estoy de las intenciones de Cacumatzin, no tengo más remedio que salir á su encuentro lo más pronto posible al frente de mis españoles para castigar su osodía.

Mi venida aquí no tiene otro objeto que el de pedir licencia para llevar á cabo esta empresa.

—No es á vos, sino á mí, contestó Moctezuma, á quien corresponde dar castigo á tanto atrevimiento.

Si vos salierais á castigar á Cacumatzin, yo apareceria muy débil, muy pequeño á los ojos de mi pueblo, y vuestros enemigos aprovecharian esta circunstancia para demostrar lo que no es: que vivo supeditado á vosotros; que en vez de ser mis leales aliados, sois mis dominadores.

Tócame á mí, por estas razones, evitar el conflicto y hacer entrar en razon á Cacumatzin.

Es mi deudo, es mi vasallo.

Yo contrarestaré sus planes.

—Si tal es vuestra voluntad, que respeto, dijo Hernan Cortés, no me opondré á ella.

Envió Moctezuma inmediatamente uno de sus servidores para que en su nombre llamase á Cacumatzin, y le manifestase que tanto él como Hernan Cortés deseaban verle sin pérdida de tiempo.

No tardó el emisario en cumplir las órdenes de su amo.

Sorprendió en extremo á Cacumatzin el deseo de Moctezuma, y con su natural perspicacia lo atribuyó á ver descubiertos sus planes.

La irritacion que en él produjo esta sospecha, unido á su carácter enérgico y rudo, le hizo olvidarse de toda clase de consideraciones y miramientos, y contestó al enviado de Moctezuma en términos groseros.

—Díle, exclamó, que yo no puedo obedecer las órdenes de un rey que vive bajo la dominacion de unos extranjeros; que no reconozco en él autoridad alguna, y que si sabe mis planes nada me importa.

Resuelto estoy á llevarlos á cabo, aunque pierda la vida en la contienda, porque los que sienten en sus venas la sangre real, no pueden pasar por las humillaciones que él pasa.

Fielmente trasladó el emisario á Moctezuma las palabras de Cacumatzin, y el emperador, que trataba con la mayor consideracion á Hernan Cortés, le llamó para comunicarle la respuesta del rey de Tezcucó.

—Ya veis, exclamó Hernan Cortés, que han sido leales vuestros esfuerzos para atraerle al buen camino.

La ambicion le ciega.

Está resuelto á aprovecharse del fanatismo de vuestro pueblo para malquistaros con él y provocar la guerra.

Nada importa: ántes de que nos busque nos hallará.

Ya no hay lugar á contemplaciones.

Es necesario, para satisfaccion nuestra, que Cacumatzin sea destronado, que se convierta en mi prisionero, y si es preciso, que pague con la vida el atentado que proyecta cometer.

—Deber es de los soberanos, dijo Moctezuma, evitar los conflictos. No es la fuerza, sino el talento, quien debe resolver esta complicacion. ¿Os fiais de mí?

—Pruebas os tenemos dadas de ello, contestó Hernan Cortés.

—Pues bien, dejadlo todo á mi cuidado. Yo destruiré los planes de Cacumatzin.

En vuestro poder estoy, y si no cumpliese mi palabra, con mi vida responderé.

Ante esta declaracion resolvió Hernan Cortés mostrarse confiado; pero no por esto dejó de tomar sus medidas para evitar una sorpresa.

La primera determinacion que tomó Moctezuma fué celebrar en secreto, en el mismo palacio en donde residian los españoles, la union de Otholemi con su hija Temixpa.

Acto continuo envió á Tezcucó personas de su confianza, para que, poniéndose de acuerdo con los conjurados, manifestasen á aquellos que no querian más tiempo la dominacion de Cacumatzin, proclamando á su hermano como rey.

Temixpa aceptó el sacrificio; pero proponiéndose ser fiel á su amante Zimpazin.

Este nada habia podido conseguir de los soldados mexicanos y zempoales.

Al saber que Moctezuma habia consentido el suplicio de Qualcopoca, trataron de rebelarse contra él, y desoyeron los ruegos de Zimpazin.

Desesperado el jóven, iba á volver á México cuando recibió el aviso de Temixpa.

Para evitar que se descubriese la union de Temixpa con Otholemi, resolvió Moctezuma que la jóven princesa residiese en su palacio hasta que pudiera ir en triunfo á Tezcuco en compañía de su esposo.

Por esta circunstancia pudo Zimpazin ver á Temixpa y oír de sus propios labios la relacion de sus desventuras.

—Ha sido imposible desobedecer las órdenes de mi padre, dijo la jóven. Pero él ha decretado mi muerte. El Dios de los dioses no ha querido consentir en nuestra felicidad.

Pero él nos ha dado los medios de poner término á nuestras desdichas.

Mañana al romper el alba abandonaré para siempre la morada de mis padres, iré al bosque inmediato, en donde hay árboles cuya sombra mata.

Allí te espero, allí moriremos los dos, y en la otra vida disfrutaremos la ventura que nos roban en esta.

Zimpazin juró morir al lado de Temixpa.

Pero ántes deseaba vengarse de los españoles, y conociendo que Quetlahuaca, por su carácter pusilánime, no haria nada en favor de sus deseos, buscó á Cacumatzin y le reveló el secreto de la mina.

Inmensa fué la alegría de Cacumatzin al saber que existia un medio de sorprender á los españoles y de destruirlos inmediatamente.

Cacumatzin lo dispuso todo para dar el golpe al dia siguiente.

En efecto: al siguiente dia, al rayar la aurora, cuando Temixpa y Zimpazin iban á reunirse para buscar la muerte, entraban cautelosamente en palacio dos mexicanos, que á las órdenes de Cacumatzin debian llegar por la mañana hasta donde estaban los españoles, al mismo tiempo que más de mil mexicanos, guiados por los teopixques, rodeaban el palacio y le ayudaban en su empresa.

Ilbialbi, que espiaba continuamente á Cacumatzin, notó la entrada de los mexicanos en palacio, y sospechando que intentaban algun golpe, corrió á avisar á Hernan Cortés.

No tardó tampoco Moctezuma en saber los propósitos de Cacumatzin.

No ignoraba el emperador la existencia de la mina; pero creía que aun no estaba terminada, porque no tenia noticia de los trabajos de Zimpazin.

Presumiendo los propósitos del rey de Tezcuco, dispuso que Otholemi, con unos cuantos soldados mexicanos que mandó llamar, se opusieran al paso de los rebeldes, si como temia, intentaban penetrar en la morada de los españoles por aquel camino; no se equivocó.

No habia pasado media hora desde que dió las órdenes de que hemos hecho mencion, cuando llegó á sus oídos el tumulto que produjeron los españoles al enterarse de la escena que habia tenido lugar entre los dos hermanos.

Otholemi ignoraba quién era el enemigo á quien debia contener el nombre de Moctezuma.

Pero estaba dispuesto á rechazarle, y aguardaba su llegada.

Cacumatzin, queriendo sorprender á los españoles, se puso al frente de los conjurados, y fué el primero que, levantando la compuerta, penetró en la estancia que habia servido de calabozo á Qualcopoca y á sus compañeros.

Instantáneamente cayeron sobre él Otholemi y los guardias mexicanos.

Las tropas de Cacumatzin intimidaron á sus competidores, quienes volviendo atrás precipitadamente, le dejaron abandonado.

La lucha que trabó Cacumatzin con su hermano fué horrible. Pero hubo un momento en el que Otholemi le reconoció, y apartándose de él:

—Es mi hermano, exclamó, no le mateis. Aseguradle.

Los guardias se apoderaron de Cacumatzin fácilmente, porque creyendo muerto á Otholemi, al oír su voz, al convencerse de que vivía, se estremeció y perdiendo la fuerza, se dejó conducir maquinalmente á la presencia de Moctezuma.

Hernan Cortés y muchos de sus capitanes estaban allí cuando llegaron los guardias con el rey de Tezcuco.

Indignado Moctezuma, declaró que por traidor y díscolo le condenaba à perder su corona y à ser entregado á los verdugos.

Inmediatamente fué conducido á un calabozo, y Hernan Cortés, con mucha habilidad, imploró entónces del emperador que perdonase la vida á Cacumatzin.

—No le mateis, le dijo; su muerte en estas circunstancias podría excitar vivos deseos de venganza en sus partidarios.

Despojadle de su reino, que es una muerte mucho peor, mucho más dolorosa para él, y de este modo os convencereis una vez más de que no abrigamos rencor ninguno hácia él, à pesar de haber sido los más ofendidos.

Moctezuma mandó reunir á sus nobles, y en presencia de todos ellos refirió lo que le habia sucedido, y anunció que accediendo á los deseos de los tezeucanos confería el cetro de Tezcuco á Otholemi, privando para siempre de él á Cacumatzin.

Asimismo dispuso que se celebrase con gran pompa aquel acto.

Pero su alegría no tardó en turbarse; ántes de que se aleja-

ran los nobles de su lado, llegó la emperatriz Miazochil poseída de una viva emocion.

—Nuestra hija Temixpa ha desaparecido, exclamó.

Nadie la encuentra.

Diéronse las órdenes oportunas para que la buscasen.

Aquella misma noche supo con inmenso dolor el soberano de México que su hija habia sucumbido al lado de Zimpazin.

Aquel fué un golpe terrible para su corazon.

Otholemi fué proclamado rey de Tezcuco.

Cacumatzin continuó preso en poder de los españoles.

Moctezuma cuyo atribulado espíritu se debilitaba por momentos, comprendió que no podia continuar por más tiempo aquella situacion, y trató de alejar á los españoles de su lado, para ver si de aquel modo volvía á su alma la paz y la tranquilidad, y desaparecian las nubes que pesaban sobre su imperio como un tétrico sudario.

CAPITULO LXII.

El deseo de Moctezuma



A pesar de la inmensa trasformacion que se habia operado en el ánimo de Moctezuma desde la llegada de los españoles á México, no podia ocultarse á sus ojos que el efecto que les profesaba, y las muestras de adhesion que les habia dado, eran en él una debilidad.

Sorprendido al principio por la grandiosidad con que se aparecieron á sus ojos aquellos hombres, obedeciendo á la voz de su conciencia, que le hacia ver en ellos el instrumento de la venganza de los dioses, se entregó por completo á su voluntad.

Los españoles habian entrado pidiendo amistad, y ya estaban convertidos en señores.

Abandonada la gestion de los negocios públicos de México por Moctezuma, comenzó à resentirse su nacion de aquel abandono, y el suplicio que sufría Cacumatzin, el suplicio de Qualcopoca, la muerte de Temixpa y Zimpazin, todas aquellas desgracias que habian acaecido en tan breve tiempo, cuando se pasó la impresion de la novedad en los mexicanos, comenzó á disgustarse contra los españoles, y no atreviéndose á manifestar públicamente hácia ellos el disgusto que sentian, fulminaron sus quejas contra el emperador.

La desolada Miazochil, que conocia el secreto de los pesares de Guacalcinla, que habia visto morir á su hija Temixpa, que notaba el cambio radical que se habia operado en el modo de ser de Moctezuma, fué la que se encargó de trasmitirle todas

las quejas de su pueblo y de invocar los recuerdos del pasado, para que el porvenir de México no fuese tan desastroso como todos empezaban á presumir.

En vista de lo que habia pasado con el jefe del ejército de Zempoala, los habitantes de aquella poblacion, los de las tribus de la Serranía, hasta los que se hallaban bajo la dominacion de Teutila y Pilpatoe, se sublevaron contra las huestes de México, negándose á pagar el tributo.

Ya no tenian los ministros que se enviaban á cobrar los tributos el prestigio que habian tenido.

No temblaban los habitantes de las aldeas ante los emisarios del poder supremo.

Los recibian de una manera hostil, los acosaban, los perseguian y los maltrataban.

Al mismo tiempo, los reinos más unidos al imperio de México comenzaban á desear separarse, porque veian la disolucion de aquel Estado, y no habia uno solo que no quisiera atraerle hácia sí.

Los tlaxcaltecas, envalentonados por la amistad de los españoles, no se limitaban ya á ser hostiles como hasta entónces habian sido con los mexicanos, sino que abrigaban proyectos invasores.

Ya se habia hablado en el senado tlaxcalteca, delante del venerable Magiscatzin, de la conveniencia que resultaria para los de Tlaxcala engrosando las filas del ejército que habian puesto á las órdenes de Hernan Cortés, para poder ayudarle á sitiarse el imperio de México, y conseguir en cambio extender por la república su ambiciosa dominacion.

Xicotencal era quien abrigaba este designio.

Era quien, á pesar de la amistad que habia jurado á Hernan Cortés, concibió el proyecto de coaligarse con él para conquistar á México, y arrojarle de allí despues de haber conseguido el triunfo.

Y si esto pasaba en Tlaxcala, no era ménos afflictivo para Moctezuma el aspecto que presentaba á sus ojos la ciudad santa de Cholula.

Los sacerdotes que habian recibido órden de suprimir los sacrificios consideraban aquel acto como una profanacion.

Creian que su religion estaba perseguida por el mismo monarca, y comprendiendo que no hallarian eco más que en aquella ciudad, adonde acudian de todos los puntos del imperio en peregrinacion, se refugiaron allí y fulminaron protestas contra la conducta del soberano.

El vasto imperio de México empezaba á desmembrarse, y Moctezuma sentia los latidos de aquel volcan que estaba bajo sus piés.

Las quejas, las súplicas, las lamentaciones de un dia y otro dia trabajaron el ánimo del emperador.

No podia apartarse de los españoles, porque habia dicho á su pueblo que si se habia ido á vivir con ellos, habia sido por su propia voluntad.

No podia tampoco, despues del predominio que habia dejado que tomaran sobre él, oponerse á su voluntad.

Pero la situacion era inminente.

Era de todo punto necesario tomar una resolucion definitiva para dar cohesion á aquellos miembros que empezaban á separarse, para destruir todas las maquinaciones que tramaban á la sombra de la debilidad del monarca, para restablecer con energía la independenciam que hasta entónces habia poseido Moctezuma en aquella inmensa region.

El emperador llamó á Hernan Cortés.

—Bien habeis visto, dijo, cuán grande es la amistad que os profeso. No os podreis quejar de Moctezuma, que ha sido, no vuestro aliado, no vuestro amigo, como deseabais, sino vuestro esclavo.

Habeis llegado aquí contra mi voluntad, y á pesar de ello,

desde el primer momento os he agasajado, os he probado que no era miedo lo que sentia mi pecho al estorbar vuestra llegada.

Obedecia á una ley de mi pueblo, y sin embargo, por vosotros he olvidado esa costumbre tradicional, he pasado por todo, os he admitido en mi casa, os he abierto mi hogar y os he dado un lugar preferente en mi corazon.

Todo esto os probará que yo no ignoro la grandeza de vuestras órdenes: que estoy seguro de que venís aquí enviado por el gran Quetzalcoal, á quien todos los mexicanos debemos profundo respeto, inmensa veneracion, por haber sido el progenitor de nuestra raza.

Pero poneos en mi lugar.

Mi imperio sufre las consecuencias de este afecto que siento hácia vos.

¡Todo está abandonado!

No es posible que permanezcais más tiempo de este modo, y yo os suplico encarecidamente que, seguro de la amistad que os profeso, de la lealtad que he jurado tener á vuestro rey, partireis en breve, dejando ocasion y espacio de recuperar el prestigio perdido.

Yo os juro prestar vasallaje á vuestro rey, y considerarle, por ser descendiente de Quetzalcoal, como absoluto dueño de mi imperio; y para demostraros que este renotimiento es sincero, me propongo convocar á la nobleza de mis reinos, para que todos, á imitacion mia, le presten obediencia y le paguen tributo, como yo pienso pagárselo; pues ántes de hablaros de esta manera, he dispuesto que se reuna gran cantidad de joyas de valor para ofrecéros las, y para que en mi nombre se las presentéis á vuestro rey. Mis nobles imitarán este ejemplo.

¿Podeis desear más?

—No ciertamente, contestó Hernan Cortés; y estoy dispuesto á acceder á vuestros deseos.